

NOTA EDITORIAL

Si hace unos años se popularizó la definición que Irving Kristol hizo del pensamiento neoconservador como el propio de “un progresista asaltado por la realidad”, hoy disponemos ya de la perspectiva necesaria para afirmar que la definición aproximada de la ideología de José Luis Rodríguez Zapatero podría ser ésta: “un progresista al asalto de la realidad”.

En su primera declaración posterior a la noche electoral de marzo de 2008, Zapatero afirmó en relación a los asuntos que habían centrado la campaña electoral del Partido Popular que “ya habían sido juzgados por los ciudadanos” y que él no pensaba perder el tiempo con ellos. Esa declaración y las muchas que la siguieron manifestaban un error de perspectiva grave sobre el valor de las elecciones y la relación que guardan con la realidad. En las elecciones no se elige la realidad que va a haber, sino a quien tendrá que gobernar la única que hay.

La confusión no es menor, porque el Presidente del Gobierno pareció vivir su noche electoral como una noche mágica en sentido literal, como una suerte de ceremonia ritual capaz de conjurar los peligros que se cernían sobre el país por culpa del Partido Popular. El PP era culpable de “decir” lo que estaba pasando, en la economía, en la posición exterior de España, en la educación, en la financiación autonómica y en tantas otras cosas. A ese “decir” se atribuía la capacidad de hacer real lo nombrado, facultad que el Presidente parecía atribuirse también a sí mismo sin mucha dificultad, aunque en un sentido positivo.

Como afirmó José Blanco, estaba claro que el PP deseaba que hubiera crisis y que fuera la peor de la historia. ...Y que la negociación política con ETA fracasara, que el nacionalismo se volviera más y más opresivo y avasallador, que los alumnos no aprobaran los exámenes y abandonaran el

instituto, etc. Según él, “crispar” era lo que el PP hacía para que las cosas empeorasen y para que sus malos augurios se convirtieran en realidad.

De este modo, la política española parecía adoptar la extraña apariencia de una pugna entre quienes expresaban buenos deseos (no hay crisis, la violencia está acabada, el nacionalismo está cambiando) y quienes expresaban malos deseos. La victoria de unos o de otros no determinaría el signo del Gobierno sino el signo de las cosas. Si el PP vencía, la crisis se haría realidad porque eso era lo que el PP deseaba; si el PSOE repetía su victoria, España permanecería a salvo. Y como el 9 de marzo las malas artes del PP fueron vencidas por “la mirada positiva” de la heterogénea mayoría guiada por Zapatero, se podía confiar en que las cosas seguirían marchando bien.

Mientras tanto, se abandonaba la tarea de comprender, explicar y gobernar prudentemente una realidad particularmente compleja y exigente, y la política española se veía arrastrada a una especie de “momento Tolkien” (la política es magia), comprensible dada la feble complejidad intelectual del socialismo español actual.

Sin embargo, a la mañana siguiente, la realidad seguía ahí. Y desde entonces no ha hecho más que empeorar y manifestarse fastidiosamente indómita ante los visajes presidenciales. Finalmente, “la mirada positiva” consiste, al parecer, en cerrar los ojos ante lo que no se quiere ver. No es que el Presidente haya perdido su “toque”, es que jamás lo tuvo, y ahora el suyo es un Gobierno seriamente tocado.

Dispuso de unas circunstancias favorables que gestionó temerariamente, y arruinó por acción y por omisión un patrimonio que no sólo ha desaparecido sino que ha sido sustituido por los números rojos. No sería extraño que incluso en esto hubiera quien quisiera ver una muestra de coherencia ideológica, aunque no parece ser ése el caso de la Comisión Europea, que acaba de amonestar a España y ha advertido de que el rumbo de nuestra economía debe ser corregido inmediatamente.

De ese momento de ensoñación e ingenuidad patrocinada por el Gobierno van saliendo los españoles a golpes de realidad. Como siempre, es

sobre ellos donde se dejan sentir los errores o los aciertos políticos esenciales. El Gobierno, el partido que lo respalda y alguna de las instituciones que hoy demandan acciones urgentes y enérgicas para evitar el colapso de la economía, trabajaron denodadamente para que los innumerables datos que indicaban la existencia de una crisis económica e institucional grave no fueran percibidos por el electorado antes de las elecciones, y en un abrir y cerrar de ojos la economía española se ha situado algo más allá del borde de un abismo de altura bastante como para que se hayan precipitado en él más de un millón de parados sin que hasta la fecha haya habido evidencia alguna de que se ha tocado fondo, más bien al contrario.

El Gobierno persiste en abordar los asuntos que le conciernen escenificando su emotividad privada y eludiendo su responsabilidad pública, y, aun hoy, sigue existiendo una sorprendente receptividad (e incluso una inquietante y recurrente emulación) ante ese tipo de juegos, que continúan distrayendo la atención de lo fundamental y conduciendo la vida política española fuera del territorio que debiera serle propio: el conocimiento riguroso, la competencia profesional, la solvencia ideológica y la integridad personal. Pero los últimos resultados electorales pueden considerarse en términos generales como la expresión de un hecho esperanzador: la incipiente recuperación del respeto por la realidad en el debate político español.

La idea esencial no ha de ser terminar con la crisis; la idea esencial ha de ser que el impacto que la crisis tiene sobre nuestro país se aproxime al que está teniendo sobre nuestros países vecinos. La nueva trampa tendida por el Gobierno consiste en hacer creer que la discusión es si él es o no responsable de la crisis que se vive en España. Pero esa cuestión –que en buena medida puede responderse afirmativamente– no es la que debe ocuparnos: lo que debemos preguntarnos es por qué a España le están pasando cosas que no le pasan a ninguno de los demás países que también están padeciendo la crisis y por qué el Gobierno se resigna a que eso sea así.

España se ha convertido en un organismo político y económico de una debilidad tal que lo que para otros constituye un problema para nosotros es una verdadera tragedia. Esa diferencia es la que media entre quien afronta con realismo sus dificultades, acepta la realidad, la comprende y trata de

gobrarla a su favor, y quien la niega, la reprueba, se declara sobrepasado por ella y, finalmente, fía su suerte a las poderosas artes de alguien aún más encantador, aunque sea americano. Todo indica que también en este punto el despertar a la realidad está empezando a producirse.

En ese necesario ejercicio de realismo se inscriben los trabajos que presenta el número 22 de *Cuadernos de Pensamiento Político* de la Fundación Faes, que acaba de ser reconocida como uno de los *think tanks* más prestigiosos del mundo por la Universidad de Pennsylvania.

Los estudios son los siguientes: “Mujeres y aborto”, de Paloma Durán y Lalaguna; “Disidente en Jefe. La presidencia de George W. Bush”, de Álvaro Martín; “El pensamiento político de Barack Hussein Obama”, de Manuel Pastor; “Retos de la economía española (ante un momento decisivo de nuestra historia económica)”, de Juan Velarde Fuertes; “Análisis de las Elecciones Generales de 2008. Encuesta Postelectoral del CIS”, de Ricardo Montoro; “¿Dónde están los votantes?”, de Ana Capilla Casco y Jorge Sainz; “Hace setenta años. El régimen político y su mentalidad”, de Manuel Ramírez; “Entrevista a Leszek Kolakowski”, de Pura Sánchez Zamorano; “El ‘cosmista’ Stalin y el ‘socialismo del siglo XXI’”, de Eduard Tarnawski, y “Las *posibilidades* de la historia de España. A propósito del libro de Carmen Iglesias Cano”, de Manuel Álvarez Tardío.

En cuanto a los libros reseñados, este número de primavera cuenta con las siguientes reseñas: *El espejismo multilateral. La geopolítica entre el idealismo y la realidad* (Javier Rupérez), por Javier Sota Ramos; *Las democracias occidentales frente al terrorismo global* (Charles T. Powell, Fernando Reinares, eds.) por Ana Collado; *El retorno de la historia y el fin de los sueños* (Robert Kagan), por Pablo Sanz; *Misa negra. La religión apocalíptica y la muerte de la utopía* (John Gray), por Ángel Rivero; *La cara oculta del Ché. Desmitificación de un héroe romántico* (Jacobo Machover), por Enrique Collazo; *Nueve iconos latinoamericanos* (Inger Enkvist), por José Luis Valenciano; *Guía políticamente incorrecta de Israel y Oriente Medio* (Martin Sieff), por Jacob Israel, y finalmente, *Lincoln: A Life of Purpose and Power* (Richard Carwardine), por Nichola Clayton.